



26 mayo 2022 / número 3

Intro ELP-debates nº 3

Paloma Blanco nos remite las notas que leyó en la NDA del 29 de abril en Barcelona transformadas en un texto que ha titulado *¡Está aquí!*

Subrayaré del texto, que hoy publica ELP-Debates, un párrafo en el que la autora propone una respuesta a la pregunta *¿Qué podría ser la enfermedad de la ELP?* –pregunta que nos reunirá en Madrid el 10 de junio- que según la reciente interpretación de JAM hace que la ELP no sea “sexy”; es decir, que no funcione como causa de deseo?

Dice Paloma “Bajo mi punto de vista, que la Escuela de signos de enfermedad; es decir, síntomas, es saludable en el amplio campo semántico de la palabra. Posibilita su tratamiento, que es seguir inventando modos de mantener abierta la hendidura. Cuando el “mal de la muerte” hace su aparición, cuando olvidamos la diferencia absoluta como causa de deseo, aparecen los fenómenos de grupo, los localismos, la endogamia... y la transferencia de trabajo (transferencia, ese nuevo amor del que le Psicoanálisis inventó su uso), queda frenada. El agujero en torno al que da vueltas amenaza con cegarse y la Escuela se sofoca, se ahoga y da síntomas de ello”.

Félix Rueda
Presidente de la ELP

¡Está aquí!

Paloma Blanco Díaz

Maurice Blanchot toma en su texto titulado “La comunidad inconfesable” el breve relato de Marguerite Duras, “El mal de la muerte”, para poner de manifiesto los impases y la imposibilidad que atraviesa el hacer comunidad para los seres hablantes.

Inicia su ensayo con una cita de Bataille que nos orienta: «La comunidad de los que no tienen comunidad».

Muy sintéticamente, lo que el breve relato de Duras nos enseña y que Blanchot sabe leer bien, es que “el mal de la muerte” se refiere a la ausencia de amor como ignorancia de lo más real de la vida: de la diferencia, de lo hetero, de la alteridad absoluta que el cuerpo de la mujer encarna. Y ello conduce a la muerte, no como final de la vida, sino a la muerte en la vida misma. Lo real de la vida conlleva el agujero de su falta de definición y representación, esa diferencia absoluta que no se cancela y que pocos se atreven a amar. No hacerlo, es para Duras desterrar la vida de la vida e introducir “la enfermedad de la muerte”.

No debe pasarnos desapercibido que, según Blanchot, no es únicamente una cuestión subjetiva singular, sino de un hecho transindividual y pilar del lazo social.

Hay una vecindad entre el esp de un laps, esa *una equivocación* que funda el inconsciente real, y la posibilidad que Duras señala de que el amor comparezca. “Quizás por una falta repentina en la lógica del universo. Ella dice: Por ejemplo un error. Ella dice: jamás por un quererlo”. Como precisa Lacan para esp de un laps: “Uno lo sabe, uno mismo. Pero basta con que se le preste atención para salir de él”.^[1]

Tal como Freud afirma y Blanchot recuerda, todo grupo humano, toda sociedad, se basan en la lógica del universal y la exclusión, el Todo y la Excepción. El universal conlleva siempre la exclusión de lo hétero.

La Escuela que fundó Lacan no es una sociedad ni un grupo, es una comunidad de singularidades, de soledades por tanto. Esta comunidad está descompletada por sí misma, es no-toda porque se conforma por los que no tienen comunidad.

La condición para la vida es la enfermedad, no enferma nada que no esté vivo. ¿Qué podría ser la enfermedad de la ELP que según la reciente interpretación de JAM hace que no sea “sexy”; es decir, que no funcione como causa de deseo? Bajo mi punto de vista, que la Escuela de signos de enfermedad; es decir, síntomas, es saludable en el amplio campo semántico de la palabra. Posibilita su tratamiento, que es seguir inventando modos de mantener abierta la hendidura. Cuando el “mal de la muerte” hace su aparición, cuando olvidamos la diferencia absoluta como causa de deseo, aparecen los fenómenos de grupo, los localismos, la endogamia... y la transferencia de trabajo (transferencia, ese nuevo amor del que le Psicoanálisis inventó su uso), queda frenada. El agujero en torno al que da vueltas amenaza con

cegar y la Escuela se sofoca, se ahoga y da síntomas de ello.

La Escuela, como El Psicoanalista, como La mujer, no existen, son irreductibles a una definición o representación y comparecen en la puesta en acto de su tachadura, en ese espacio fugitivo de una diferencia absoluta. Como la causa del deseo, la comunidad analítica se sostiene en una falta que no se colma ni debe confundirse con la nostalgia de ninguna pérdida. Por el contrario, reconoce lo imposible de nuestra empresa, su horizonte de fracaso y hace de la imposibilidad el motor de su acto. Del indecible, decisión. Porque la cuestión es cómo bien-decir para que, parafraseando a Elliot, hacer que al final del discurso las palabras alcancen el silencio, una y otra vez.

III

La noche siguiente a escribir estas líneas tuve una pesadilla. Una presencia aterradora, pero depurada de cualquier imagen desagradable, una mujer con el pelo muy corto, a la que le habían rapado la cabeza y encarnaba el mal absoluto. Decir, advertir, era preciso y en el sueño grité con todas mis fuerzas. Efectivamente el decir atravesó la pesadilla, me despertó y también a quien me acompañaba en la cama, que escuchó nítidamente la frase: ¡está aquí! Casi no dormí esa noche y me costó sacudirme la angustia y la desorientación con las que salí de la pesadilla. Esa mujer ultrajada es “el mal de la muerte”, el rechazo de lo hétero que cada uno experimentamos, incluida yo misma. Son el amor y el deseo que laten en la transferencia de trabajo lo que permiten un hacer fecundo con lo hétero, con la tachadura de La/ comunidad que no existe. Intentar sofocar esa tachadura, hacer existir La Común(uni)dad sin tachar conduce inexorablemente al “mal de la muerte” y sus correlato de esterilidad, borramiento del deseo e, incluso, de odio.

J. Lacan, Prefacio a la edición inglesa del Seminario XI, Otros Escritos, 2012. Buenos Aires: Paidós p. 599.

Enviar sus textos a:

f.ruedasoler@gmail.com